

**LA ÉTICA COMO PRIMERA FILOSOFÍA EN IRENA SENDLER
Y ALICE SALOMON: ANTECEDENTES PRÁCTICOS DE LA
ÉTICA DE EMMANUEL LÉVINAS EN EL TRABAJO SOCIAL**

**ETHICS AS A MAIN PHILOSOPHY FOR IRENA SENDLER
AND ALICE SALOMON: PRACTICAL ANTECEDENTS OF
EMMANUEL LEVINAS' ETHICS IN SOCIAL WORK**

Francisco Idareta Goldaracena
Dpto. de Trabajo Social. Upna

RESUMEN

La ética de la intervención social ha sido una de las más importantes preocupaciones de los profesionales del Trabajo Social desde su fundación como disciplina teórico-práctica. De hecho, por suerte, son numerosos los casos de profesionales que podríamos tomar como ejemplo por la eticidad de sus conductas. En esta ocasión, destacaremos a dos profesionales que, en plena contienda nazi, arriesgaron su vida por los más desfavorecidos, los judíos, prefiriendo sufrir y arriesgar su vida por los demás a hacer sufrir y permitir la muerte de éstos, encarnando así, sin saberlo pero con una fidelidad sorprendente, la propuesta ética planteada por Emmanuel Lévinas. Ellas son Irena Sendler y Alice Salomon. Por ello, el objetivo del presente artículo consiste en señalar que las trayectorias de Sendler y Salomon resultan ser los antecedentes prácticos de la ética de Lévinas en el Trabajo Social.

ABSTRACT

The ethics of social intervention have long been among the main preoccupations of Social Work professionals, since its foundation as a theoretical-practical discipline. Moreover -and fortunately- there exist a myriad of cases which reveal exemplary professionals being guided by ethical behavior. In this occasion, we want to highlight two professionals who, in the middle of the Nazi conflict, risked their lives for the underprivileged, the Jewish people. They chose to suffer and risk their lives for others rather than make others suffer or provoke their death. Therefore, they incarnate -unbeknownst to them- the ethical proposal posed by Emmanuel Levinas. Their names are Irena Sendler and Alice Salomon. The aim of this article is to highlight that the paths taken by Sendler and Salomon respectively, happen to be the practical antecedents of Levinas's ethics in Social Work.

PALABRAS CLAVE: E. Lévinas, I. Sendler, A. Salomón, trabajo social, ética.

KEYWORDS: E. Lévinas, I. Sendler, A. Salomón, social work, ethics.

Correspondencia: C/ Izpea, 21. 31173 – Ibero, Navarra. Tfno: 650739808; e-mail: fran_idareta@yahoo.es

*A la Dra. María Jesús Úriz Pemán.
Con gratitud infinita.*

1.- Introducción.

La responsabilidad infinita a la que se refiere Emmanuel Lévinas fue experimentada hasta el heroísmo tanto por Irena Sender como por Alice Salomon. Sus experiencias estuvieron atravesadas por la ética, por arriesgar su vida en favor de los demás. Dos trabajadoras sociales que, del mismo modo que Lévinas, padecieron los horrores del genocidio nazi y defendieron a ultranza al prójimo. Practicaron la máxima levinasiana: antes el Otro que yo, hasta considerar que su muerte es la mía propia. Lévinas se refería de múltiples modos a esta preferencia prevoluntaria por el Otro o sensibilidad: el rostro del Otro provoca que prefiramos morir a matar, mi daño al suyo, sufrir a cometer sufrimiento, sufrir injusticia a cometerla (Lévinas, 2001b: 275; 2006d: 258; 2001b: 160 y 2001b: 177-178). El rostro nos conmina prevoluntariamente a “preferir la injusticia padecida a la injusticia cometida” (Lévinas, 2001a: 229). Para Lévinas es preferible morir a esclavizar, a hacer del Otro un siervo (Lévinas, 2006d: 244). Es preferible morir a matar (Lévinas, 2006b: 175), responder a sopesar las consecuencias de tal respuesta.

Por lo tanto, conjeturamos que los antecedentes prácticos de la ética levinasiana en el Trabajo Social se hallan en Sendler y Salomon. Quizás la obra de Lévinas no fuera sino la plasmación teórica como colofón de una práctica que ya se venía llevando a cabo por personas como Sendler y Salomon, propiciada quizás por un contexto histórico-filosófico en el que los seres humanos comprendieron que el altruismo y la solidaridad para con los demás resultaba ser su razón de ser y de existir. Ellas han encarnado como nadie la propuesta ética de Lévinas mucho antes de que él la planteara y es por ello que las hemos escogido, así como por sus relevantes contribuciones al Trabajo Social y los merecidos reconocimientos que han venido recibiendo en los últimos tiempos. No nos deja de sorprender el hecho de que, antes de que la teoría ética levinasiana fuese escrita, ya fuese practicada tanto por Salomon como por Sendler en el Trabajo Social. Para comprobar nuestra hipótesis, en una primera parte, indagaremos en los orígenes y la evolución de la Ética del Trabajo Social. En la segunda parte, expondremos la propuesta ética de

Lévinas y la aproximación de ésta al Trabajo Social¹. En la tercera parte, plantaremos las aportaciones realizadas al Trabajo Social por Alice Salomon e Irena Sendler, incidiendo en aquellos aspectos que coinciden con la ética levinasiana. Finalmente, presentaremos nuestras conclusiones.

2. Origen y evolución de la ética del trabajo social.-

Como tendremos ocasión de comprobar en lo sucesivo, pese a que en sus inicios sus fundadoras no lo reconocieran, la Ética ha sido consustancial a la configuración del Trabajo Social como disciplina-profesión teórico-práctica. El proto-Trabajo Social se originó en Londres en torno a 1869 en un contexto histórico-filosófico muy específico como respuesta a una serie de problemas concretos de la época: la erradicación de la caridad perniciosa. Se constató que este tipo de caridad promovía la acomodación de los pobres que recibían ayuda o limosna de forma indiscriminada, sin estar ocupados ni trabajar. Así, el proto-Trabajo Social surge vinculado a esta lucha por el reconocimiento de la dignidad de los más desfavorecidos a los que moraliza, instándoles a que se ocupen o trabajen para llevar una vida mejor.

Cuando este proto-Trabajo Social llega a EE.UU., Richmond sistematiza estos intentos con el propósito de que la caridad fuese ejercida a partir del análisis científico de la pobreza. Esta aspiración de Richmond es propia de los valores preponderantes de aquella época, en la que la ciencia era la única que tenía acceso directo a la verdad. El resto de disciplinas (ética, filosofía, etc.) tenían un prestigio y reconocimiento muy inferior a la ciencia, debido a los importantes progresos que ésta había venido logrando en los últimos tiempos. Conforme a los valores de la época y pese a la importante repercusión del cristianismo, Richmond se mantuvo respetuosa a la par que crítica con los crédulos, profesando una fe ciega en la ciencia (Méndez-Bonito, 2011).

Efectivamente, Richmond fue hija de su tiempo y su filosofía moralista y reformista estuvo en parte mediatizada por la educación recibida, inspirada en el

¹ La aproximación de la ética de E. Lévinas al Trabajo Social ha sido el objeto de nuestra tesis doctoral, defendida el 6 de Abril de 2010 en la Universidad Pública de Navarra. Cfr. Idareta, 2011.

espiritualismo de la época, así como por el evangelismo social y el cientificismo imperante. Elaboró la metodología profesional por la que se la conoce y la sintetizó en *Diagnóstico Social* (1917). Una metodología que, como consecuencia del cientificismo preponderante, no dejaba de ser propiamente inductiva (Richmond, 2007: 39, 40, 73-79, 76-78, 79-81, 82, 84, 85-94, 121-122, 408-409), con el consiguiente riesgo de categorización diagnóstica definitiva del necesitado y su consiguiente trato paternalista o antipaternalista (Idareta, 2011a y 2012), al que se comenzaría a ser sensible años más tarde.

El moderno Trabajo Social surge a la par que la Sociología. En parte, quizás por ello también, los primeros trabajadores sociales, aunque no lo hubieran explicitado en sus obras, se mostraron muy preocupados por todo lo relativo a la Ética desde los inicios. En sus orígenes, el Trabajo Social estuvo muy influenciado por la Escuela de Chicago (Kisnerman, 1977: 5-6; Idareta, 2011a: 205). De hecho, dos de sus más ilustres exponentes, George Herbert Mead y John Dewey, influyeron considerablemente a los primeros profesionales del Trabajo Social a través de sus asiduas colaboraciones y de su prolífica obra. Probablemente debido a la influencia del primero, especialmente Richmond (1977: 89, 92, 97, 122), aunque no en menor medida Addams (2002), otorgarán una gran importancia a la mejora de las relaciones sociales de los usuarios, inusual para la época. Gracias al segundo, tanto éstas como el resto de profesionales comienzan a sensibilizarse con la urgencia del análisis de los contextos sociales de cada caso (Soydan, 2003: 168, 177). Es muy probable que la preocupación de Mead y de Dewey por la Ética influyera también significativamente en que los profesionales, desde la propia fundación del Trabajo Social, fuesen éticamente sensibles y vertebraran su actividad en torno a la Ética. Una Ética que, como veremos, se ha acabado por configurar como eje central de la profesión-disciplina.

En aquella época, las y los profesionales se mostraban igualmente preocupados por la moral de los usuarios que por la suya propia (Reamer, 1998: 488-489). No en vano, lo prioritario era organizar científicamente la pobreza. Por ello, se tendía a moralizar a los necesitados y a tratarlos, principalmente, de modo paternalista, estando por ello los orígenes éticos del Trabajo Social muy vinculados a un ejercicio preponderantemente paternalista de los profesionales. Ésta fue la

tónica general hasta bien entrado el siglo XX, cuando, gracias a las enseñanzas de Dewey, así como a la gran influencia de aportaciones como la de Karl Marx, las y los profesionales del Trabajo Social comienzan a ser conscientes de la importancia del contexto social en la producción de la pobreza. A partir de entonces, comienza a considerarse que las causas de la pobreza no pueden ser sólo individuales, sino que, principalmente, son sociales.

Esta concepción más estructural de la pobreza impulsa a los profesionales del Trabajo Social a preocuparse por cuestiones éticas como la promoción de la justicia social. Pero todavía es un periodo de mínima sensibilidad ética de las y los profesionales del Trabajo Social, ya que éstos están más pendientes de que su labor sea científica y neutralice las causas sociales, que de las consecuencias de la misma en el usuario (Reamer, 1998). No obstante, paulatinamente, durante las próximas décadas del siglo XX, la sensibilidad ética de los profesionales del Trabajo Social va dejando atrás su pretensión de moralizar a sus usuarios para centrarse en los valores de la profesión.

En esta misma línea, el proyecto más antiguo de elaborar un código de ética se le atribuye a la propia Richmond (Pumphrey, 1959), la cual, muy influenciada por los valores de la época, comienza ya en 1917 a apelar al “sentido de la responsabilidad” (Richmond, 1977: 81), imprescindible para las y los profesionales del Trabajo Social. Aunque no fue el único proyecto, ya que se tiene constancia de que los infructuosos intentos de redactar códigos de ética profesional datan de 1919 y se mantienen en el tiempo hasta bien entrados los años 40 (Reamer, 1998: 489). A este respecto, mientras que la propuesta de Richmond (1977, 2007) para el Trabajo Social estuvo muy mediatizada, sobre todo en sus inicios, por sus obsesivas pretensiones de analizar y medir científicamente la pobreza, así como por la moralización de los más necesitados a los que tendía a aislar de su contexto más inmediato, la propuesta de Addams se encuentra muy próxima a éticas de la responsabilidad como la de Lévinas (Idareta, 2010). Addams, del mismo modo que Alice Salomon (Nogal, 2008; Wieler, 1997 y Miranda, 2004), encarna a la perfección el ideal de la acción profesional responsable en esta época.

Podemos comprobar que la discreta pero no menos importante alusión de Richmond al sentido de responsabilidad de los profesionales evidencia su

extraordinaria sensibilidad para con los valores que comenzaban a emerger en aquella época. No en vano, según Gracia (2007), la responsabilidad es el valor que sintetiza y aglutina la Ética del siglo XX y que comienza a fraguarse especialmente tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Curiosamente, Richmond realizó esta afirmación en una época en la que se comenzaba a apelar a la responsabilidad como única alternativa ante el fanatismo reinante y sus atroces consecuencias: la guerra. Fue una época en la que Max Weber contrapusiera la ética de la responsabilidad a la ética de la convicción, es decir, la importancia de la reflexión y la actitud crítica del ciudadano a la hora de hacerse cargo de las consecuencias de sus actos, frente al cumplimiento acrítico, estricto y obediente de los principios rígidos que lo arrastraban al fanatismo más recalcitrante. Actitud crítica y responsabilidad frente a cumplimiento obediente y fanatismo. Otro de los visionarios que anticipara la importancia de la responsabilidad fue Friedrich Nietzsche. Cuando sentencia que *Dios ha muerto*², pretende significar que, junto con su muerte, perecen todos los valores absolutos e inamovibles que exigen a todos lo mismo y por igual. Cuando Dios deja de hacerse cargo del devenir del mundo, el ser humano toma las riendas del mismo, recayendo sobre él todo el peso de la responsabilidad: de sus actos, de su prójimo, de su hábitat, de su mundo, etc. La estela de ambos filósofos es continuada por otros grandes filósofos, haciendo de la responsabilidad el nudo gordiano de sus sistemas filosóficos.

En el periodo entreguerras (1918-1933), los esfuerzos de los filósofos se intensificaron apelando a las acciones responsables de los ciudadanos para evitar se volviera a originar otro acontecimiento bélico a gran escala. Finalmente, todas las medidas resultaron ser nuevamente un fracaso, hasta que se precipitó la Segunda Guerra Mundial (1933-1939). Tras ésta, entre 1945 y 1960, debido a que las acciones responsables a las que se apelaba no resultaron efectivas, se comenzó a plantear la responsabilidad como principio o como imperativo. Como se constata en el *Código de Nuremberg* (1947), que señala el respeto debido al sujeto de investigación, en este periodo se tomó conciencia de la importancia de la regulación ética de la actividad científica, tras conocerse las cotas de crueldad de

² La expresión original se encuentra en el aforismo 125 de la obra *La gaya ciencia* del autor (Nietzsche, 2000: 185).

los científicos alemanes con los judíos como objetos de experimentación durante el *Tercer Reich* (1933-1945). Después de que los científicos comenzaran a concienciarse de la importancia de la responsabilidad ética en su ejercicio, fueron los filósofos los que radicalizaron el imperativo de responsabilidad, apelando a una responsabilidad muy exigente y absoluta de todos para con todo y todos.

No deja de resultarnos significativo el hecho de que fuera concretamente en Alemania, entre los años 60 y 70, donde se originara el giro ético del pensamiento contemporáneo hacia una racionalidad ética, recurriendo a propuestas éticas como la de Aristóteles y Kant. Tras las Guerras Mundiales, el Holocausto, el Gulag, etc., la racionalidad teórica y la instrumental resultaron insuficientemente humanas. A comienzos de los años 60, se comenzó a ser especialmente sensible a los límites de la racionalidad teórica y de la instrumental. E. Lévinas comenzó a aludir a la violencia que se ejerce a la alteridad cuando la totalizamos, es decir, cuando ajustamos la infinita e irreductible singularidad del Otro a la medida de nuestras categorías cognitivas. Una violencia a la que J. Derrida calificará como metafísica en su obra *Violencia y Metafísica* (1963). En 1964 fue promulgada la *Declaración de Helsinky*, estableciendo que el bienestar de los sujetos de investigación nunca deben supeditarse a los intereses de la ciencia. La crítica a la racionalidad instrumental vino, entre otros, de la mano de Theodor Adorno con su obra *Dialéctica negativa* (1966) y de Max Horkheimer con su obra *Crítica de la razón instrumental* (1969).

Hasta bien entrada la década de los 50, en el Trabajo Social no se producen intentos serios de explorar sus valores (Reamer, 1998: 489). De hecho, fue en los años 40 cuando los profesionales comenzaron a preocuparse mucho más por su moralidad y los valores profesionales que por la de los usuarios. Todo ello se evidencia en las numerosas publicaciones en materia ética registradas durante esta época: la National Association of Social Work (NASW) crea su primer código de ética (1947), M. Pumphrey (1959) indaga en los valores del Trabajo Social, W. Gordon (1965) en aquellos valores fundamentales que guían el ejercicio profesional y Ch. Levy (1973) propone por vez primera una tipología de los valores del Trabajo Social. Tres años más tarde, será este último el que realice para el Trabajo Social una de las reflexiones más profundas desde el punto de vista ético

(Reamer, 1998). En esta línea, una de las trabajadoras sociales que cabría destacar en esta época sería Irena Sendler. No tanto por su aportación científica como por su ejercicio profesional, de una excelencia ética sin precedentes, que personifica con ejemplaridad el imperativo de responsabilidad propio de la época (Mieszkowska, 2008).

3. La propuesta ética de E. Lévinas y su aproximación al trabajo social.

Emmanuel Lévinas es uno de los filósofos más importantes del siglo XX, reconocido por la radicalidad de su crítica a la filosofía occidental. Según Lévinas, “la filosofía occidental ha sido muy a menudo una ontología: la reducción de lo Otro a lo Mismo” (Lévinas, 2006d, p. 67). Con esto trataba de significar que desde la filosofía se había instado al ser humano a centrarse en su identidad, tendiendo así a dejar de lado a su alteridad, a la cual categorizaba así de forma segura y definitiva. La filosofía occidental promovía que cada sujeto se ensimismase y tendiera a olvidarse del Otro, del cual se distanciaba, dando lugar a la producción de prejuicios y estereotipos sobre el mismo, así como a las diferentes modalidades de *violencia metafísica*³ sobre el mismo (inductivismo o verificacionismo, dogmatismo, despotismo, psicologización, actitud paternalista o antipaternalista, voluntarismo, etc.).

Según Lévinas, se ejerce violencia al Otro desde el momento en el que se trata de ajustarlo a la medida de las categorías cognitivas del sujeto que lo recibe, al que denomina Mismo. Cuando se aplica la categoría cognitiva del Mismo al Otro, éste se convierte en un *alter ego* del primero, un subproducto de su proceso cognitivo y por ello un *objeto* de su dominio apropiativo. De este modo, el Otro, cuando es categorizado por el Mismo, sufre las diferentes modalidades de violencia metafísica que éste ejerce sobre aquél. No en vano, el Mismo tiende a recibir al Otro a través de una razón teórica que deja de lado todo cuanto quede al margen de su foco iluminador, todo cuanto queda a la sombra. Para Lévinas, la razón teórica (u ontológica) consiste en aquel conocimiento seguro y definitivo (ontológico) por

³ Término acuñado por el filósofo francés Jacques Derrida (1989).

el que se ajusta al Otro a la idea que tenemos de él, categorizándolo definitivamente. Creer que la realidad se ajusta a la perfección a la medida de la razón teórica y viceversa, nos lleva a reducir a la alteridad la medida de nuestras categorías cognitivas.

Por ello, frente a este intelectualismo ontologista, Lévinas propone tener la ética como primera filosofía (Lévinas, 2006d: 308; 2000b: 65; 2001c: 103; Lévinas y Poirié, 2009: 213), es decir, acoger al Otro en su irreductibilidad humana, antes de toda categorización ontológica altericida, siendo responsables de él antes de poderlo autorizar, antes de poderlo decidir. Así, la responsabilidad infinita a la que se refiere Lévinas consiste en que, frente al Otro, nunca podemos no responder. Somos concernidos por el Otro a nuestro pesar porque la vulnerabilidad del Otro despierta la nuestra propia a modo de respuesta prevoluntaria a él. Lévinas aludía a la sensibilidad preoriginaria para referirse a ese no poder dejar de responder frente al sufrimiento ajeno, y a la vigilancia para significar la actitud vigilante, crítica y autocrítica a la que el sujeto era exigido por aquella sensibilidad preoriginaria a la que había sido despertado por el rostro del Otro⁴.

La noción de rostro del Otro la entendemos como vulnerabilidad del Otro que despierta la mía propia a modo de respuesta prevoluntaria a él. Por ello, consideramos que la responsabilidad consiste en aquella bondad que precede a la libertad. La responsabilidad a la que nos estamos refiriendo consistiría pues en actuar antes que todo saber. Responsabilidad que, a nuestro modo de ver, adopta a lo largo de la obra levinasiana, dos formas destacadas: la sensibilidad y la vigilancia. La sensibilidad la entendemos como ofrecimiento prevoluntario al Otro, como afectación corporal antes que cognitiva del sujeto. La sensibilidad preoriginaria consiste en sentir prevoluntariamente la vulnerabilidad del Otro que

⁴ La sensibilidad es una noción que comienza a ser desarrollada por Lévinas a partir de *Totalidad e Infinito* (2006d: 201-207), aunque más específica y profundamente en *De otro modo que se o más allá de la esencia* (2003: 59-60 y 117-162). Por otra parte, las primeras huellas de la noción de vigilancia las encontramos ya en sus primeras obras cuando se refiere al insomnio (2000a: 10 y ss.). Este autor describe “la responsabilidad ética como insomnio o un mantenerse despierto, alerta precisamente porque implica un perpetuo deber de vigilar (...). El amor representa un incesante velar por el interés del otro” (Lévinas y Kearney, 1998: 214). Una *sensibilidad* (Lévinas, 2003: 79, 110, 198, 245, ...) que entendemos consiste en la apertura prevoluntaria como expresión de mi vulnerabilidad tras la crítica efectuada gracias a la intrusión del rostro del Otro. Una *vigilancia* (Lévinas, 2003: 66, 103, 104, 112, 156, 168, 180, 211, 219, 236, 244, 259, 264, 266, 269...) entendida como autocrítica exigida por aquella sensibilidad que me lleva a descategorizar al Otro.

me lleva a re-conocerlo como irreductible a la medida de mis categorías cognitivas. Por ello, la vigilancia la entendemos como actitud crítica y autocrítica que me lleva a descategorizar al Otro tras cada categorización.

Una vez explicada la propuesta ética de Lévinas, procederemos a aproximarla al Trabajo Social. El Trabajo Social es una disciplina teórico-práctica que surge en Inglaterra en 1869, que se encuentra basada en los ideales de voluntariado, ayuda social y pre-profesionalización. M.E. Richmond sentó las bases epistemológicas del Trabajo Social, proponiendo el Diagnóstico Social. Diagnóstico Social para el que utilizó un método inductivo u “observación de recurrencias” (Richmond, 2007: 411) por el que categorizaba definitivamente al usuario debido al conocimiento seguro y definitivo que adquiriría. Por ello, su lema fue *saber para actuar*, conocer para, sólo así, poder intervenir adecuadamente. En la actualidad, en el Trabajo Social prepondera el principialismo ético que consiste en la tendencia de abordar al Otro exclusivamente por la razón teórica. Al abordar al usuario a través de la razón teórica exclusivamente, adquiriendo del mismo un conocimiento seguro y definitivo, tratamos al Otro como a un *alter ego*, adecuándolo a la idea que tenemos de él. Es por ello que el Bien, nuestra conducta ética, queda relegado a la Verdad, al conocimiento seguro y definitivo que adquirimos del Otro a través de la razón teórica.

La impronta del inductivismo de Richmond ha tenido mucho que ver en esta tendencia de las generaciones actuales de profesionales al principialismo ético, las cuales continúan recurriendo comprensiblemente a su obra en busca de respuestas. El problema es que esta obra, hija de su tiempo, está escrita en clave inductivista, un método pseudocientífico desde nuestra perspectiva científica actual. Es por ello que hay que estar atentos para realizar una lectura crítica de la obra de Richmond, ya que fue producto de una época en la que estaba en auge el positivismo. El inductivismo richmoniano consiste en la adquisición de un conocimiento seguro y definitivo del usuario a través de la “observación de recurrencias”, es decir, realizando teorías o categorizaciones definitivas a partir de la observación de los aspectos que se repiten en cada caso. Este inductivismo nos lleva a la categorización definitiva del usuario. Una categorización definitiva que nos arrastra a los profesionales al dogmatismo, al despotismo, al paternalismo, al

antipaternalismo, a la generalización, a la abstracción, a la psicologización, al voluntarismo.

Como ya lo anticipáramos, el inductivismo es una modalidad de violencia metafísica. Una violencia en potencia que precede y que nos impulsa a los profesionales a la violencia paternalista o antipaternalista que se ejerce sobre el usuario⁵. Así, el inductivismo richmoniano nos aboca a tratar con la idea que tenemos del usuario más que con el usuario mismo, siempre irreductible a nuestras categorías diagnósticas. En definitiva, Richmond, cuyo lema fuera *saber para actuar*, tiene como prioridad el conocimiento seguro y definitivo del usuario, aproximándose a él exclusivamente por la razón teórica. Por su parte, Lévinas, cuyo lema fuera *actuar antes que todo saber*, tiene como prioridad responder al Otro, mientras que se aproxima a él a través de la sensibilidad preoriginaria o razón ética.

La aproximación de la ética de Lévinas al Trabajo Social la realizaremos confrontando las propuestas de ambos autores. Así, en la propuesta de Richmond la ética se encuentra ontologizada. La ética ontologizada consiste en el cumplimiento estricto y obediente de los principios éticos por parte del profesional, el cual no es lo suficientemente crítico con el sufrimiento de cada caso concreto. Se aproxima al usuario a través de la razón teórica, tiende por ello a categorizarlo definitivamente al usuario así como a generalizar, pasando de lo concreto a lo abstracto. La ética se encuentra ontologizada en el Trabajo Social debido a que se fundamenta en el principialismo ético, que consiste en aproximarse al usuario por la razón teórica exclusivamente. El método inductivo utilizado por Richmond lleva al profesional a tender a categorizar definitivamente al usuario y a relegar el Bien a la Verdad.

⁵ La violencia metafísica es aquella violencia que nos arrastra a los profesionales a conductas paternalistas (actuando por el bien del usuario, pero sin tener en cuenta su decisión) y antipaternalistas (actuando sin supervisar si el usuario logra alcanzar su bienestar gracias a sus medidas como sujeto presumidamente autónomo). Las diferentes modalidades de esta violencia son el dogmatismo y el despotismo (cuando un profesional, gracias a su experiencia acumulada, se cree investido de una autoridad incuestionable por la que se encuentra en disposición de prescindir de la decisión y de la coparticipación del usuario en su tratamiento social), la generalización y la abstracción (tendencia a uniformizar, es decir, ajustar las unidades a conjuntos superiores gracias a los cuales, adquieren sentido y significación, eliminando de las mismas todo rastro de exclusiva singularidad), psicologización (tendencia a no tener en cuenta el contexto en el que se origina el caso concreto o tendencia a aislarlo de su contexto circunstancial más inmediato), etc.

Por su parte, en la propuesta de Lévinas, la ontología se encuentra al auspicio de la ética. Algo que consiste en ir siempre más allá del cumplimiento estricto y obediente de los principios éticos por parte del profesional, el cual es crítico con el sufrimiento de cada caso concreto. Se aproxima al usuario a través de la sensibilidad y, por ello, tras cada categorización, procede a descategorizarlo. Es por ello que personaliza, pasando de lo abstracto de los principios éticos a lo concreto de cada usuario concreto. La aproximación de la ética de Lévinas al Trabajo Social la hemos realizado a través de nociones como la sensibilidad, entendida como *actuar antes que todo saber*, y la vigilancia, que consiste en estar atentos para descategorizar al usuario tras cada categorización diagnóstica. Por ello, la vigilancia exigida por la sensibilidad consiste en ir más allá del ser.

Ir más allá del ser que consiste en que, partiendo de los principios éticos, los personalizamos, velando por descategorizar a cada usuario concreto tras cada categorización diagnóstica, protegiendo así su decisión autónoma. Ir más allá del ser consiste en ser crítico con el sufrimiento de cada caso concreto. Gracias a sentir prevoluntariamente la vulnerabilidad del usuario, lo re-conocemos irreductible a la medida de nuestras categorías diagnósticas. Ir más allá del ser consiste en someter a crítica y autocrítica constante nuestro conocimiento y nuestra intervención. En definitiva, ir más allá del ser, consiste en tener la ética como primera filosofía en el Trabajo Social.

4. Alice Salomon e Irena Sendler: antecedentes de la ética de E. Lévinas en el trabajo social.

Recordemos que el Trabajo Social comenzó a organizarse a principios del siglo XX (De Robertis, 2003: 42), estructurándose en *enfermeras visitadoras*, con una labor médico-social asistencial, preventiva y de educación sanitaria, y en aquellos profesionales que se hacían cargo de lo *puramente social* con exclusividad (De Robertis, 2003: 43). Irena Sendler formaba parte del grupo de las enfermeras visitadoras, mientras que Alice Salomon formaba parte del segundo grupo. A ambas, como emblemática característica de los comienzos de la profesión, les une una “preocupación primordial: la moral profesional” (De Robertis, 2003: 43). Una preocupación que formaba parte imprescindible en los planes de estudio de la

profesión en sus inicios. Como señalará Bouquet, “la reflexión sobre la ética, la deontología, los valores, es constante en la profesión del servicio social” (De Robertis, 2003: 49).

4.1. Alice Salomon.-

Otra heroína ejemplar que se suma a la selecta lista de elegidos del Olimpo del Trabajo Social es Alice Salomon (Berlín, 19 de abril de 1872 - 30 de agosto de 1948). Una alemana descendiente de “una familia de banqueros judía” que “no cultivaba ni la religión, ni las tradiciones judías” (Nogal, 2008: 173) que revolucionó el Trabajo Social, especialmente su docencia (Wieler, 1997: 11), profesando un humanismo fervorosamente perseguido por el partido nacionalsocialista en pleno corazón de la Alemania nazi. Esta berlinesa de familia acomodada, luchó contra los más desfavorecidos cuando esto estaba penado con la muerte, fundando en 1925 la Academia Alemana para el Trabajo Social y Pedagogía femenina (Nogal, 2008: 175; Wieler, 1997: 15).

Volvemos a encontrar otra mujer que entrega su vida por los más débiles con la convicción de que “ninguna cultura hasta nuestros días ha podido crear un orden moral sin defender a los débiles, contra los fuertes e incluso sin defender a los individuos contra el Estado” (Nogal, 2008: 179). Una alemana doblemente valiente por su condición de mujer en una sociedad patriarcal, así como por defender al judío desprotegido plantando cara al nazismo, “perversión del pensamiento humanitario y de los principios morales” (Nogal, 2008: 179). El humanismo que destila su trabajo social ejercido en un contexto en el que el totalitarismo imperante asfixiaba todo intento por restablecer la esperanza de los judíos oprimidos resulta heroico. De hecho, “utilizó los numerosos contactos que tenía en otros países, para ayudar a escapar a sus colegas más jóvenes” (Wieler, 1997: 19).

Viajó por Estados Unidos y Europa como diplomática (Wieler, 1997: 15) donde se ganó el respeto de sus colegas de profesión por su dedicación e ingenio. La ética social y la denuncia de lo intolerable serán sus caballos de batalla contra el nazismo (Miranda, 2004: 412; Nogal, 2008: 174). Ética social que para Alice “significaba tratar de obtener más justicia social para satisfacer las reivindicaciones

de los más desfavorecidos, teniendo en cuenta sus necesidades, así como llegar a tener influencia en la elaboración de la política social” (Miranda, 2004: 412). Precisamente, serán sus amistades las que la libren de la muerte (Miranda, 2004: 414). Alguien que reclama formación interdisciplinar para el Trabajo Social así como un corazón caluroso en la intervención (Miranda, 2004: 414), traslada su sensibilidad por los oprimidos, su conmoción de entrañas frente al rostro del Otro. Si para Levinas la guerra convierte la moral en irrisoria (Lévinas, 2006d: 47), para Salomon “la guerra aniquila todo aquello que el Trabajo Social intenta alcanzar” (Miranda, 2004: 415).

Nada de todo esto le impidió continuar con el desarrollo de la formación y la internacionalización del Trabajo Social, ya que “trató de mejorar la calidad de la formación y enseñanza en Trabajo Social” (Wieler, 1997: 13). De hecho, en 1929 funda lo que en la actualidad se conoce como *Asociación Internacional de Escuelas de Trabajo Social* (IASSW). Para Salomon era necesario conocer mucho de muchas cosas (Wieler, 1997: 13). También se dedicó a estudiar “el lugar que tenían que ocupar las diferentes disciplinas científicas en el Trabajo Social” (Wieler, 1997: 16). Para Salomon, tanto la economía, la sociología y la psicología “deben clasificarse bajo el tema central del bienestar social. Sin este enfoque central, las escuelas de trabajo social se verían perturbadas por las reclamaciones, a menudo contradictorias, de las distintas disciplinas y desposeídas de su propia finalidad” (op. cit., 16).

Del mismo modo que el levinasiano humanismo del Otro, el Trabajo Social era incompatible con el hitlerismo (Miranda, 2004: 419). De hecho, para el partido nacionalsocialista de Hitler los recursos sociales debían estar destinados para los sujetos arios y sanos de la sociedad y no, como lo dictaminaban los principios del Trabajo Social, para los necesitados (Miranda, 2004: 419; Nogal, 2008: 179). Un Trabajo Social que se pretendía fuese condescendiente con el régimen hitleriano: “fue para Alice un golpe el que la ideología nacional-socialista se convirtiese en la luz que iluminaría a la formación de alumnos en las escuelas” (Nogal, 2008: 177). No en vano, “se esperaba de las asistentes sociales su colaboración activa en la política de selección y de exterminación llevada a cabo por el régimen” (Nogal, 2008: 179). Algo que evitó por todos los medios Salomon, hasta que, por ello,

estuvo a punto de perder la vida. La Gestapo le amenaza de muerte, posiblemente por “internacionalista, feminista, pacifista, su concepción humanista y su trabajo por los más pobres y por la reforma social” (Nogal, 2008: 179).

Su notoria popularidad internacional la salvó de las garras de la muerte en un campo de exterminio nazi (Wieler, 1997: 19). Incomprensiblemente, tras viajar a Estados Unidos a los 65 años y ganarse la vida como pudo, la encontraron muerta en su piso. Corría el año 1948 (Nogal, 2008: 178-179; Wieler, 1997: 19). Su legado se puede resumir en pocas palabras: “verdaderamente, no hay ninguna bendición que ninguno de nosotros pueda aceptar mientras los demás no puedan compartirla. Verdaderamente, ninguno de nosotros se sentirá bien, mientras los demás no se sientan igualmente” (Wieler, 1997: 21). Todo este pasaje recuerda a la insistente recurrencia de Lévinas a la fórmula de Fiodor Dostoievsky “cada uno de nosotros es culpable ante todos por todos y por todo, y yo más que los demás” (Lévinas, 2001a: 120).

4.2. Irena Sendler.-

De Irena Sendler (Varsovia, 15 de febrero de 1910 – 12 de mayo de 2008) son numerosas las vicisitudes que conocemos, y todas ellas, de una calidad humana difícilmente superable. Sendler destacaba por poseer una personalidad fuera de lo común, pero especialmente por su “sensibilidad ante el dolor de los demás, [y su] extraordinaria capacidad de sacrificio” (Mieszkowska, 2008: 19). Fue una luchadora incansable, incombustible, que trabajaba junto con sus colaboradores altruistamente para ayudar a unos judíos que, una y otra vez, conmovían sus entrañas. Junto con el sacrificio por los demás, el amor, la tolerancia y la humildad son los valores más destaca Sendler en la vida de una persona (Mieszkowska, 2008: 203). Sobre todo porque “Irena Sendler lo arriesgó todo” (Mieszkowska, 2008: 12). Como la propia Sendler lo atestigua “seguíamos el dictado de nuestro corazón y permanecíamos fieles a los principios de Bienestar Social. Deseábamos ayudar a los judíos, los más desafortunados y miserables de todos” (Mieszkowska, 2008: 54).

De entre sus hazañas, es destacable la falsificación de identidades de numerosos niños judíos. Nunca en la Historia de la Humanidad se había atentado

contra ellos. Pero la crueldad de Hitler llegaba a cotas inimaginables. De hecho, muy en la línea levinasiana, debían estar noche y día vigilantes, siempre preparados, adaptándose a cuantas adversidades se cruzasen en su camino para cambiar “apellidos judíos por polacos” (Mieszkowska, 2008: 57). Siempre alerta para salvaguardar la existencia de los más desfavorecidos. Por este procedimiento y siempre entregando su vida por los demás, consiguió salvar a varios miles de niños (Mieszkowska, 2008: 12). Muchos de sus colaboradores dejaron constancia de esta proeza, ratificando “por completo sus informes referidos al número de niños salvados (2500)” (Mieszkowska, 2008: 139)⁶.

Sendler contactó con los familiares del gueto judío de Varsovia de 1942 para convencerles de que podía librar a sus hijos del irreversible desenlace (Mieszkowska, 2008: 17 y 96). De hecho, cualquier recipiente servía para sacar del gueto a los niños (Mieszkowska, 2008: 97-98). Fue este atroz exterminio masivo de niños judíos lo que le llevó a esconder en tarros una guía con las verdaderas identidades de todos los que liberaba. Una guía que tardaría muchos años en elaborar y que sepultaría en el “jardín de la calle Lekar, en el número 9, donde había enterrado un tarro con la lista de los niños que había salvado del ghetto” (Mieszkowska, 2008: 27). Gracias a esta lista, Sendler posibilitó que “muchos niños huérfanos encontraran a sus parientes lejanos. (...) Aún hoy, las direcciones circulan en muchas casas privadas” (Mieszkowska, 2008: 145).

Efectivamente, en cada una de estas hazañas, Sendler se jugaba la vida. Como ella misma lo reconocía: “la ayuda a los judíos era una de las más difíciles y peligrosas. (...) Quien daba de beber o de comer a un judío lo pagaba con la vida” (Mieszkowska, 2008: 18). El ejército nazi castigaba a quienes ayudaran a los judíos, incluso, con “la pena de muerte” (Mieszkowska, 2008: 165). Por si esto

⁶ Existen documentos que corroboran que “salvó a muchos más judíos que el industrial alemán Oskar Schindler” (Mieszkowska, 2008: 12). Por todo ello, aunque muy a su pesar, Sendler ha obtenido un merecido aunque tardío reconocimiento no sólo de cuantos ciudadanos han oído hablar de sus hazañas, sino de la Comunidad Internacional y máximas autoridades de su país, hasta llegar a ser candidata al Premio Nobel de la Paz en 2007. Según Irena había “cuatro caminos para sacar a los niños del gueto: el primero era subiéndolos a un camión cargado de productos de limpieza. (...) La segunda manera de salir del gueto era por el depósito de tranvías. (...) La tercera opción: los sótanos de algunas casas del gueto limitaban con viviendas polacas. El método para salvar a los niños se parecía a los anteriores. La cuarta posibilidad consistía en entrar en el edificio de los juzgados de la calle Leszno, situado en la zona del gueto. Algunas puertas estaban abiertas. Accederíamos al edificio por detrás, es decir, por el lado ‘ario’” (Mieszkowska, 2008: 30-31).

fuera poco, tales conductas comenzaron a normalizarse para los alemanes debido a la institucionalización del antisemitismo (Mieszkowska, 2008: 56).

Como lo propusiera Lévinas, Sendler entregó cuanto era y tenía por los demás. Por ello fue una pensadora de la paz en tiempos de guerra incapaz de mantenerse indiferente frente a tales atrocidades: “defiendo la paz. (...) No puedo cruzarme de brazos cuando veo morir a inocentes. Los niños son los que pagan por ello, los que más sufren” (Mieszkowska, 2008: 17). Conmoción de entrañas, afectación por el sufrimiento humano que se transforma en ofrecimiento prevoluntario, en entrega desmedida, sin límite: “cuando los alemanes decidieron exterminar al pueblo judío, no pude permanecer indiferente” (Mieszkowska, 2008: 57). No-indiferencia (Lévinas, 2003: 115, 214, 215, 222, 247 y 260) como sensibilidad preoriginaria frente al rostro sufrimiento del Otro: al más puro estilo levinasiano.

La vida de Sendler transcurrió “entregándose a la muerte con pasividad” (Mieszkowska, 2008: 18). La pasividad (Lévinas, 2006d: 249 y 252; 2003: 59, 60, 61, 100, 102, 103, 105, 109, 112, 130, 133, 150, 166, 170, 172, 177, 178, 181 (17), 192, 195, 221 y 232) de quien se deja conmover por el sufrimiento humano. La pasividad de quien se deja que el sufrimiento ajeno le atraviese. La pasividad de quien se siente conmovido a su pesar por siente primero y sabe después que el Otro, en su caso el judío, niño o adulto, no puede ser reductible a las ideas ni de los nazis ni de nadie. Como Lévinas insistiera, el Otro es absolutamente Otro y no una idea que yo tengo de él. También del mismo modo que lo propusiera Lévinas, para Sendler todo lo que hizo por los niños no fue suficiente, llegándose a mostrar avergonzada en más de una ocasión por los elogios de los demás, de los que no desea reconocimiento alguno, al más puro estilo levinasiano: “me siento un poco avergonzada: no merezco tantos elogios. Hicimos lo que habría hecho cualquiera para ayudar a los desfavorecidos” (Mieszkowska, 2008: 32)⁷. Del mismo modo que para Lévinas, para Sendler “lo más importante del mundo, lo más importante en la vida, es el Bien” (Mieszkowska, 2008: 168). También al estilo levinasiano, Sendler

⁷ En otra ocasión aseveraba, “os ruego que no me consideréis una heroína. Me pongo furiosa sólo de pensarlo” (Mieszkowska, 2008: 32).

no esperaba nada a cambio de la ayuda dispensada a los demás (Mieszkowska, 2008: 213)⁸, encarnando las nociones levinasianas de asimetría y no reciprocidad.

También, como para Levinas, “la raíz del Mal que nos rodea todavía hoy está en la indiferencia del mundo frente a esta tragedia. Por suerte, en aquella época también había justos que no permitieron que el mundo se hundiera” (Mieszkowska, 2008: 211). Sandler encarna a la perfección la propuesta ética que Lévinas sintetiza cuando expresa que el sujeto ético prefiere padecer injusticia a cometerla: “no me preocupaba por mí, sino por los niños salvados” (Mieszkowska, 2008: 173). Y en otra ocasión aseverará: “prefería morir a dar a conocer nuestro trabajo. ¿Qué importancia tenía mi vida frente a la de otros muchos hombres?” (Mieszkowska, 2008: 117). En la línea levinasiana, preferir la muerte a cometer asesinato, arriesgar su vida antes que arriesgar la vida de los demás.

Sandler encarna a la perfección al levinasiano sujeto ético exiliado del ser que, preocupado por el sufrimiento del rostro del Otro, se constituye como humano vaciándose de sí mismo, entregándose a los demás de forma incondicional, antes siempre de pensar en los riesgos que su conducta podría acarrearle. Ella y sólo ella fue conminada a responder del sufrimiento de los judíos, como “prueba de la soledad a la que tuvo que enfrentarse con su decisión” (Mieszkowska, 2008: 20). Como lo afirmaba Lévinas, ella y sólo ella debió de soportar el peso del universo y el sufrimiento de los demás: ella y sólo ella fue la elegida para hacerse cargo de la pesada carga del dolor ajeno.

5.- Conclusiones.-

Hemos de señalar que las vidas de ambas trabajadoras sociales se parecen sorprendentemente. Curiosamente, tanto Salomon como Sandler, cuidaron de sus madres hasta su último aliento (Nogal, 2008: 174 y Mieszkowska, 2008: 123 respectivamente). Ambas confluyen en que soportar el peso del mundo, soportar la pesada carga del sufrimiento ajeno humaniza al mundo, siembra la paz en el mundo. Ambas comparten la convicción de la deuda infinita que se genera al servir

⁸ Según Michal Glowinski, Irena Sandler “irradiaba la nobleza de espíritu y la voluntad para ayudar a los demás sin esperar nada a cambio” (Mieszkowska, 2008: 191).

al Otro, cuando caemos en la cuenta que el sufrimiento del Otro jamás decrece y que todos nuestros esfuerzos por aplacarlo son siempre insuficientes. Todo lo contrario: a medida que respondemos por y para el Otro, incrementa exponencialmente nuestra deuda hasta cotas infinitas, inconmensurables.

Ambas coinciden en que dar la vida por el prójimo desfavorecido es entregarla para dar vida y que la vida y la muerte del Otro son nuestra vida y nuestra muerte. Muchas coincidencias entre dos mujeres tan distintas, unidas por la levinasiana sensibilidad a la llamada del rostro del Otro, por la conmoción a responder antes de todo saber, de toda certeza, como sujeto pasivo y anárquico, hasta la sustitución por el Otro, como rehén perseguido. De hecho, ya por aquel entonces Salomon alertaba sobre los peligros del paternalismo en el Trabajo Social:

“nadie puede vivir y morir en lugar de otro... Nadie puede hacer más fuertes a los otros si les hace su trabajo. Nadie puede hacer que nadie piense, si piensa por él o ella. La fortuna de una persona depende, a menudo, de él o ella misma. Las posibilidades que tenemos, y todos los consejos que recibimos, nos resultarían inútiles si no queremos hacer uso de ellos” (Wieler, 1997: 14).

Entonces como ahora, la ética en el Trabajo Social sigue siendo trascendental. Por ello, y del mismo modo que lo propusiera Lévinas y lo encarnaran Sendler y Salomon, gracias a tener la ética como primera filosofía, el/la profesional del Trabajo Social es capaz de ir más allá del ser, más allá del cumplimiento estricto y obediente de los principios éticos. De hecho, entendemos que ir más allá del ser consiste en que, partiendo de tales principios, el profesional, gracias a la sensibilidad a la que ha sido despertado por el rostro del usuario, no sólo los personaliza en cada caso concreto sin categorizarlo definitivamente, protegiendo así su elección autónoma; sino que el profesional, gracias a esta sensibilidad, siente en adelante la exigencia de mantener una actitud crítica -y por ello vigilante- con el sufrimiento de cada usuario, así como una actitud autocrítica constante con su propia intervención.

Consideramos que, antes de que Lévinas elaborase su teoría ética, Sendler y Salomon tenían la ética como primera filosofía. Del mismo modo que ellas, en la actualidad, el/la profesional debe ser especialmente sensible a la violencia

metafísica que ejerce sobre el usuario, intentando evitar por todos los medios las categorizaciones diagnósticas definitivas y seguras cuando lo mire al rostro. Consiguientemente, tenderá a tratarlo de modo no paternalista (término medio entre el trato paternalista y el antipaternalista), personalizando y contextualizando unos principios éticos generales y abstractos en cada caso concreto. Así, el/la profesional que tiene la ética como primera filosofía no sólo cumple con los principios éticos, sino que es capaz de ir más allá: es capaz de aportar el plus de responsabilidad que separa a los principios éticos generales de cada caso concreto.

Creemos que este plus de responsabilidad o de implicación personal resulta especialmente eficaz en contextos excesivamente racionalizados, es decir, altamente burocratizados, en los que la labor del profesional se vuelve acrítica, mecánica, repetitiva, rutinaria, monótona, muchas veces impersonal y, por ello, despersonalizante. No en vano, será este plus de responsabilidad el que nos ayudará a romper con esta dinámica generalizadora que nos impone el contexto altamente burocratizado y que nos impele a hacer así violencia metafísica al usuario, al que acabamos tratando como a un objeto, como a un número, como a una función.

Dicho de otro modo, cuando el/la profesional tiene la ética como primera filosofía, su implicación se incrementa, tratando al usuario singular de forma singular. Y cuanto mayor sea la implicación, la sensibilidad ética y la actitud crítica, menor será el riesgo de que la sobrecarga de trabajo nos arrastre a ejercer la violencia metafísica sobre el usuario. En definitiva, tener la ética como primera filosofía significa que el profesional del Trabajo Social se mantendrá en adelante vigilante, evitando infligir al usuario cualquier modalidad de violencia metafísica que derive en violencia paternalista o antipaternalista. Por ello nuestra propuesta pretende ser un complemento que amplía el alcance tanto de la razón teórica, así como del principialismo ético imperante en el Trabajo Social gracias a la sensibilidad y la vigilancia practicadas inicialmente por Sendler y Salomon y posteriormente elaboradas teóricamente por Lévinas con una filosofía del más alto nivel.

Referencias Bibliográficas.-

- ADDAMS, Jane (2002) *Democracy and Social Ethics*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press.
- DERRIDA, Jacques (1989) “Violencia y metafísica”. En *La Escritura y la Diferencia* (pp. 107-210). Barcelona: Anthropos.
- DE ROBERTIS, Cristina (2003) *Fundamentos del Trabajo Social. Ética y Metodología*. Valencia: Nau Llibres / Universitat de València.
- GORDON, William (1965) “Knowledge and value: Their distinction and relationship in clarifying social work practice”. *Social Work*, 10(3), 32-39.
- GRACIA, Diego (2007) *Fundamentos de bioética*. Madrid: Triacastela.
- IDARETA, Francisco (2010) “Desde la Compasión de J. Addams a la Responsabilidad para con el Otro: La propuesta ética de E. Lévinas para el Trabajo Social”. *Portularia*, 10(2), 65-75.
- IDARETA, Francisco (2011a) *La Ética como primera filosofía: aproximación de la Ética de E. Lévinas al Trabajo Social*. Saarbrücken: Editorial Académica Española.
- IDARETA, Francisco (2011b). De Mary Richmond a Karl R. Popper y Emmanuel Lévinas: hacia la científicidad del conocimiento ético para el Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 85-99.
- IDARETA, Francisco (2011c). Del insomnio provocado por el *hay*, al despertar ético del rostro: tras las huellas de la vigilancia levinasiana como actitud crítica y autocrítica gracias a la *epojé*. *Revista de Filosofía*, 36(2), 85-107.
- IDARETA, Francisco (2012). “Aproximación de la ética de Emmanuel Lévinas al Trabajo Social”. *Portularia* 12(1), 1-8.
- LÉVINAS, Emmanuel (1991) “La ética”. En J. CASADO & P. AGUDÍEZ (Comps). *El sujeto europeo* (pp. 3-15). Madrid: Pablo Iglesias.
- LÉVINAS, Emmanuel y KEARNEY, Richard (1998) “Ética del Infinito”. En R. KEARNEY. *La paradoja europea* (pp. 197-218). Barcelona: Tusquets.
- LÉVINAS, Emmanuel (1993) *Dios, la muerte y el tiempo*. Madrid: Cátedra.
- LÉVINAS, Emmanuel (2000) *Ética e infinito*. Madrid. A. Machado.
- LÉVINAS, Emmanuel (2000a) *De la existencia al existente*. Madrid: Arena.
- LÉVINAS, Emmanuel (2000b) *Ética e infinito*. Madrid. A. Machado.
- LÉVINAS, Emmanuel (2001a) *De Dios que viene a la idea*. Madrid: Caparrós.
- LÉVINAS, Emmanuel (2001b) *Entre nosotros: ensayos para pensar en otro*. Valencia: Pre-Textos.
- LÉVINAS, Emmanuel (2001c) *La realidad y su sombra: libertad y mandato, trascendencia y altura*. Madrid: Trotta.
- LÉVINAS, Emmanuel (2003) *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca: Sígueme.
- LÉVINAS, Emmanuel (2006a) *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Siglo XXI.
- LÉVINAS, Emmanuel (2006b) *Los imprevistos de la historia*. Salamanca: Sígueme.
- LÉVINAS, Emmanuel (2006c) *Más allá del versículo*. Buenos Aires: Lilmod.
- LÉVINAS, Emmanuel (2006d) *Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- LÉVINAS, Emmanuel y POIRIÉ, François (2009) “Conversaciones”. En F. POIRIÉ y E. LÉVINAS. *Ensayo y Conversaciones* (pp. 49-116). Madrid: Arena.
- LEVY, Charles (1973) “The value base of social work”. *Journal of Education for Social Work*, 9, 34-42.
- MÉNDEZ-BONITO, Paz (2011) “Reflexiones sobre la estructura ética del pensamiento de Mary Richmond”. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24: 23-33.
- MIESZKOWSKA, Anna (2008) *La madre de los niños del Holocausto*. Barcelona: Styria.
- MIRANDA, Miguel (2004) *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, Interaccionismo Simbólico y Trabajo Social*. Zaragoza: Mira.

- NIETZSCHE, Friedrich (2000) *La gaya ciencia* de Nietzsche. Madrid: Espasa Calpe.
- NOGAL, Eloina (2008) "Alice Salomon. 1872-1948". *Trabajo Social Hoy*, 53, 173-180.
- PÉREZ QUINTANA, Antonio (2008) "La crítica de Lévinas a la filosofía trascendental moderna". En A. ALONSO MARTOS (Ed.). *Emmanuel Lévinas. La filosofía como ética* (pp. 69-90). Valencia: Universitat de València.
- PUMPHREY, Muriel (1959) *The teaching of values and ethics in social work education*. New York: Council on Social Work Education.
- REAMER, Frederic (1998) "The evolution of Social Work Ethics". *Social Work*, 43(6): 488-500.
- RICHMOND, Mary Ellen (1977) *Caso Social Individual*. Buenos Aires: Humanitas.
- RICHMOND, Mary Ellen (2007) *Diagnóstico Social*. Madrid: Siglo XXI.
- SOYDAN, Haluk (2003) *La historia de las ideas en el Trabajo Social*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- ÚRIZ PEMÁN, María Jesús (2009) "El 'buen gusto ético': distintos sabores para una misma ética profesional". Recuperado el 24 de Abril de 2010 de la Web del Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales:
http://www.cgtrabajosocial.es/alicante/documentos/congreso/31_M_Jesus_Uriz.pdf.
- WIELER, Joachim (1997) "El impacto de Alice Salomon en la enseñanza del Trabajo Social". *Trabajo Social y Salud*, 26, 9-24.